

Mariano Quiros,

LA LUZ MALA DENTRO
DE MÍ (2016)

Saber pegar

1. Súper Pluma

Tiene siete años cuando su padre lo lleva a ver boxeo. El asunto es en un club de barrio, un club patibulario y en decadencia. Lo primero que llama su atención es la mugre del lugar. La vereda cubierta con bolsas de residuo y botellas, de plástico y de vidrio; la tierra pegada con énfasis sobre la fachada, una especie de barro escamoso.

También le da mala impresión la gente que se agolpa en la boletería, hombres groseros, prepotentes, que no respetan su turno y que, de un momento a otro, iniciarán una pelea quizá más truculenta que aquella que él y su padre han ido a ver.

Una vez adentro, la mala impresión continúa con las luces, fluorescentes sucios y plagados de insectos muertos que hacen más penumbroso el ambiente. Hay una cantina que vende gaseosas, cervezas y choripanes. Cada cosa con su respectivo precio, se ofrece en una pizarra escrita con una letra muy fea. Los números, por ejemplo, se confunden con las letras; hay que mirar dos veces para desentrañar el

mensaje. Él, que hace poco aprendió a leer, tiene que mirar incluso tres veces.

La mujer encargada de la cantina es gorda y, aun observándola de lejos, se le ven manchas en la piel y se nota que le faltan dientes. Habla y ríe a los gritos, se insulta con los clientes –aparentemente en broma–, todos gestos de hombre. No sabe por qué, pero si fuera por él se quedaría un rato largo mirando a esa mujer. Pero su padre lo apura.

Se ubican en la pequeña tribuna de cemento, a media altura, a unos tres metros del piso. Él se pega a su padre. No quiere sentarse, teme ensuciar su ropa. No debería haberse vestido con tanto empeño, no debería haberse puesto su mejor pantalón. Tampoco esa camisa. No hay nadie en la tribuna que use camisa, ni siquiera su padre, que tiene puesta una simple remera blanca. Se reprocha por hacerle tanto caso a su madre, es el único en la casa que se viste como ella ordena, el único que le lleva el apunte en todo.

Ahora se siente tonto. Y también un poco en riesgo. No le gusta que su padre se distraiga saludando gente y lo desatienda. Para colmo los tipos que su padre saluda no le merecen confianza. Son el tipo de hombres que peleaban un rato antes en la boletería. Su padre, que no parece preocupado por el cuidado de la ropa, se sienta sobre el cemento. Quedan a la misma altura, él y su padre. Está contento, su padre, cómodo y feliz de estar ahí. Alguna vez, piensa, él también disfrutará, también sabrá sentirse cómodo. Pero muy dentro suyo sabe que no, que eso no pasará nunca, que nunca se sentirá a gusto en un lugar así.

Piensa lo mismo cuando ve a un par de chicos de su edad –o más o menos de su edad– que corren entre la gente, que suben y bajan la tribuna como enloquecidos. Primero los envidia, pero después le inspiran temor y, como casi toda la gente ahí, desconfianza. Los ve moquientos, muy brutos y

sucios. Los mira con desdén cuando los chicos van hacia la cantina y compran choripanes y gaseosas. La mujer gorda y desdentada les alcanza los pedidos y, en lo que sería un gesto cariñoso de su parte, sacude el pelo de uno de ellos. También le dice algo, una frase quizá cariñosa, pero el chico, choripán en mano, se toma su tiempo antes de sonreír y responder así al afecto de la mujer.

Después comen, los chicos, como animales. En cosa de un minuto están, además de sucios de tierra, sucios de grasa. Su padre lo ve atento a los chicos y le pregunta si no quiere comprarse un choripán. Quiere, pero le da miedo ir a comprarlo solo. Tampoco se anima a pedirle a su padre que lo acompañe. En realidad sabe que su padre le dirá que vaya solo, que no es gran cosa ir a comprar un choripán. Así que prefiere decir que no, que no quiere nada. Y se queda donde está.

Mientras esperan el inicio de la pelea –de *las peleas*, en realidad, porque hay tres peleas de semifondo antes de la gran pelea, la pelea que él y su padre fueron a ver, en la que Bombardero Sena, el gran valor de la ciudad de Resistencia, se batirá con el correntino Yacaré Rosales–, mientras esperan, los ánimos del público se mueven como en subibaja: hay explosiones de euforia y de pronto pozos de marasmo, algo como una somnolencia que, lejos de tranquilizarlo, le provoca mayor inquietud. Porque sabe que, llegado el momento, una vez que arranquen las peleas, el público estallará, habrá más gritos, quizá más empujones y, quién sabe, la acción acabe por trasladarse del ring a las tribunas y sobrevenga algún tipo de tragedia.

Sin embargo, es poco y nada lo que ocurre cuando aparecen los primeros contendientes. Quizá por el aspecto de ambos –apenas dos chicos, ¿de cuánto?, ¿dieciséis, diecisiete años? Muchachos flacuchentos, con buena pinta de muertos

de hambre-, el entusiasmo se traduce en unos meros aplausos y en un par de gritos tímidos que, más que alentar o intimidar a los boxeadores, parecieran manifestar una simple señal de vida.

Él, en su desconcierto, confunde la categoría de los boxeadores con el nombre de un súper héroe: “¡Súper Pluma!”, anuncia un relator instalado abajo, a los pies del ring –también la precariedad del relator llama su atención: gordo, muy gordo, un cigarrillo en una mano y el micrófono en la otra, la ropa arrugada y vieja, el visible cansancio-. Se pregunta cuál de los dos boxeadores será Súper Pluma y, si en verdad se trata de un súper héroe, cuál será su poder. Y se pregunta, por supuesto, cuál de los dos será el villano.

Los dos boxeadores se parecen entre sí, además usan cascos de protección que en cierto modo les ocultan las caras y no permiten distinguir cuál tiene cara de bueno, cuál cara de malo. Lo que sí consiguen los cascos –un tipo de cascos que él no ha visto nunca antes y que, por eso mismo y muy a su manera, le resultan primero asombrosos pero muy pronto ordinarios, ordinarios como todo en ese club-, lo que sí consiguen, es convencerlo de que sí, de que es muy posible que uno de esos muchachos sobre el ring sea Súper Pluma, un auténtico súper héroe.

El tema es que, de tan parecidos, cualquiera de los dos podría ser Súper Pluma. Un súper héroe bastante humilde a decir verdad, un súper héroe bien pobre, pero súper héroe al fin. Se pregunta, incluso, si no será que los súper héroes, vistos de cerca, son así, tan parecidos a la gente normal. O quizá, quién sabe, sea ése el poder de Súper Pluma: hacerse pasar por gente normal para desorientar y sorprender a los eventuales villanos.

Sabe que no debe hacerlo, pero aun así comete el error de preguntárselo a su padre: “Cuál es Súper Pluma”, dice con voz tímida y frágil, “cuál es el súper héroe”. A su padre

le cuesta entender a qué viene semejante pregunta. Insinúa una sonrisa, pero a la vez achina los ojos, como estudiando a su hijo, como si eso que tiene delante no fuera su hijo, sino un ser extraño, algún tipo de alienígena. Abre la boca, su padre, lentamente, buscando una respuesta. Está por decir algo pero se frena y, tras lo que parece una decisión trascendental, una conclusión a la que se llega después de un análisis sesudo, elige, al menos por el momento, cerrar la boca. Daría la impresión, en realidad, de que su padre no está seguro de nada.

Es la campana –un timbre, a decir verdad, un timbre que acciona el mismísimo locutor– lo que consigue sustraerlos de ese asunto y les vuelca bruscamente la atención hacia el ring. La pelea acaba de comenzar.

Su padre le dedica una última mirada antes de meterse de lleno en la pelea y él agradece que la cuestión quede así. Aunque, de todos modos, siente que algo se arruinó entre él y su padre. Siente vergüenza y siente aún más vergüenza cuando ve a los dos boxeadores bailotear sobre el ring. No son súper héroes, no hay modo de que sean súper héroes. Entonces decide no mirar, distraerse con cualquier otra cosa –el griterío del público, que parece reactivarse; el locutor, que relata la pelea y a su dejadez le agrega manchas de sudor-, hasta que un latigazo lo sobresalta y le hace escapar como un hipo pleno de susto.

El latigazo en realidad es un golpe, es el ruido de los guantes de box chocando entre sí. Un ruido que, en los primeros minutos de la pelea, se repite de manera constante. Como un soplido que cruza el aire y se estrella contra una pared, algo como un grandísimo chirlo. Y el estruendo de cada chirlo le provoca parpadeos involuntarios, como si alguno de esos chirlos pudiera sortear el cuadrilátero, elevarse por sobre las cuerdas del ring, alcanzar las tribunas y estamparse finalmente en su nariz. Entonces, el parpadeo.

Algo, imagina él, habrán de tener esos guantes, algún tipo de mecanismo que acciona ese semejante chirlo.

Con el correr, no ya de los minutos sino de los meros segundos, los estampidos se van espaciando. La energía, el ímpetu con que los dos boxeadores arrancaron la pelea, se diluye y los dos muchachos acaban casi abrazados. Se empujan mucho más de lo que se golpean.

Él percibe el sudor de los boxeadores fundiéndose uno con el otro; percibe la respiración agitada de cada uno, el aliento que atraviesa los protectores bucales y que, no queda otra, acabarán absorbiendo ambos contrincantes. No puede, él, evitar que la idea —el sudor, el aliento— le provoque repulsión y le llene la boca, su boca, de jugo gástrico. Se siente descompuesto.

El público, a su vez, se impacienta. Hay quienes insultan a los boxeadores y hay también quienes se distraen de la pelea y pasan a otra cosa, como si no hubieran ido al club a ver boxeo sino, simplemente, a pasar el rato, a tomar cerveza o a comer choripanes o a charlar de cualquier asunto menos de boxeo.

A él, de hecho, le parece la mejor opción: desatender el cuadrilátero, ocuparse de lo marginal; de los chicos de su edad, por ejemplo, a quienes hasta hace un momento casi había olvidado pero que ahora vuelven a interesarle, más que nada porque, de un modo grotesco, reproducen la pelea que se ofrece sobre el ring. Otra vez siente envidia, ganas de saber divertirse.

El estampido de un nuevo chirlo —esta vez más seco, más duro— y un posterior griterío lo devuelven al cuadrilátero. Uno de los boxeadores está sentado en la lona y el otro camina con un brazo levantado en dirección a su esquina. El árbitro —recién ahora él repara en el árbitro, que parece el gemelo flaco, muy flaco, del locutor, solo que sin cigarrillo—

se agacha y habla con el boxeador caído. De qué hablarán, qué se dice la gente en situaciones así, piensa él.

El árbitro introduce finalmente una mano en la boca del boxeador y le quita el protector bucal. Lo hace lentamente, metiendo primero dos dedos, índice y pulgar, y después perdiendo ya la mano entera en la boca del muchacho. No hay necesidad de meter tanto, piensa él, se le ocurre que el árbitro está siendo torpe y cruel.

Semejante procedimiento hace que mire a su padre, escandalizado, como pidiendo una explicación. Pero su padre, por supuesto, está en otra cosa. Su padre grita, insulta al boxeador caído, lo insta a continuar la pelea. Él observa una vena gruesa que resalta en la sien de su padre. Como tantas cosas esta noche, la vena le preocupa, prefiere ver a su padre tranquilo.

Vuelve a mirar al ring y ve el festejo del ganador. Sin casco, sin guantes y sin protector bucal. Un muchacho como cualquiera, un pobre diablo que, por mucho que se haga llamar Súper Pluma, deberá recorrer un largo camino antes de convertirse en súper héroe.

Se sienta. Quisiera estar ya en su casa, pero sabe que esto recién empieza, que faltan ¿cuántas?, ¿cuatro, cinco peleas? Tiene sueño y siente un gran calor, un soberano aburrimiento. Mira hacia arriba: su padre parece cada vez más alto, cada vez más lejos. Se acomoda como puede, sobre el cemento de las tribunas, y se atreve a dormir. En realidad no es que duerma, se sumerge apenas en una duermevela, una sensación elástica con los gritos y susurros del público como ruido de fondo.

De a ratos le llega el estampido de un chirlo y él despierta, inquieto. Mira hacia uno y otro lado, hasta orientarse, hasta recordar que está en ese club. Sobre el ring hay siempre boxeadores distintos, nuevas versiones de Súper Pluma.

Pero él ya no presta atención. Dormita de nuevo, hasta que suena otro chirlo. Entonces se sobresalta.

Así una y otra vez, hasta que, de repente, despierta en su casa. Y ahora sí que se duerme por completo. O no tanto, porque en plena madrugada lo sobresalta un nuevo y sonoro chirlo. Y entonces ya no entiende nada.

2. Beba

Diez años tiene cuando su madre discute con su hermana. Su hermana, que se llama Lucre, tiene catorce y hace tres noches que no duerme en casa.

Cuando su madre y su padre hicieron la denuncia, hubo un par de policías que, según su padre, se pasaron de vivos. Les preguntaron si la chica —Lucre era “la chica”— ya había hecho anteriormente una cosa así, les preguntaron por su junta de amigos, si no andaba metida con gente rara y les preguntaron si consumía sustancias tóxicas. Entonces su padre alzó la voz, dijo que era una falta de respeto lo que preguntaban. Otro policía pidió calma, que las que hacían, dijo, eran todas preguntas de rigor, necesarias para conocer las costumbres del sujeto en cuestión, en este caso Lucre. Su padre contestó en un tono incluso más alto. Hasta hizo el intento de atravesar el mostrador que lo separaba de los policías, como queriendo atacarlos. Pero los policías, por lo visto, estaban acostumbrados a situaciones así, a poner nerviosa a la gente, porque bastó que uno de ellos —un muchacho robusto y muy serio— tomara a su padre por detrás y lo neutralizara con una simple toma de arte marcial. Él, que miraba la escena desde un costado, como desde un margen, pegó un respingo que llamó la atención de los policías. “Lindo ejemplo para el chico”, dijo uno tras el mostrador. Con un brazo torcido sobre la espalda, su padre pidió disculpas —“Ya está,

ya está”, dijo— y pidió también a los policías que no pierdan tiempo, que busquen a su hija, que por Dios le den una mano, porque él ya no podía más con tanta angustia encima. Los policías entonces se compadecieron. El que lo tenía agarrado aminoró la presión sobre el brazo y le pasó la mano libre por la cabeza, a modo de caricia y consuelo. Otro, que permaneció oculto tras el mostrador, le alcanzó un paquete de pañuelos, para que su padre se secara las lágrimas de la cara y el sudor de la frente. Y un tercero, anotador en mano, retomó las preguntas de rigor: cómo iba vestida su hija, si había notado cambios en su conducta, cómo se dirigía a sus parientes —aquí el policía debió ser más claro: si en buenos o malos términos— y volvió a preguntar por el consumo de sustancias tóxicas. Fue su madre quien contestó. A él, que en momento alguno se movió de su lugar, siempre a un costado, cada respuesta de su madre le sonó sospechosa, como si su madre no estuviese siendo del todo sincera con los policías. Como si ocultara algo.

Salieron de la comisaría en silencio. En la vereda, mientras subían al auto, un policía les dijo que se quedaran tranquilos, que la chica aparecería. Después señaló a su padre y, en un tono de voz más grave, le dijo:

—Usted debería ser más amable.

Su padre no contestó. Bajó la cabeza y se metió en el auto. Su madre, en cambio, volvió a pedir disculpas.

—Somos gente buena —dijo—, estamos angustiados.

Ya con el auto en marcha, su padre dijo aquello de que los policías se pasaron de vivos y avisó que no se quedaría en la casa, que saldría a buscar a su hija por su cuenta.

Él y su madre bajaron del auto en la vereda de la casa mientras su padre apretaba el acelerador y se perdía calle arriba, en busca de Lucre. Se quedaron un rato ahí, los dos, él y su madre, sin muchas ganas de entrar. Él imaginó posibles

opciones para Lucre, todas con palabras más o menos sórdidas como principales destinos: drogas, prostitución, violaciones y así. Pero él pensaba en esas palabras sin saber realmente en qué pensaba.

Se abrió entonces la puerta de la casa y apareció Beba, una vecina. Le habían pedido que se quedara mientras ellos iban a la comisaría. “Por si aparece Lucre”, había dicho su padre.

Antes de que él y su madre llegaran a la puerta, Beba empezó a gesticular. Era difícil desentrañar el mensaje de la vecina —unía las manos como en un rezo, fruncía la boca, pestañaba más de lo normal—, pero él, que venía con pensamientos trágicos en la cabeza, dio por sentado que su hermana Lucre estaba muerta. Pero resultó que no.

—Pobrecita —dijo finalmente Beba—, no la retés mucho.

Su madre entró a la casa y él prefirió quedarse afuera un rato más. Beba se quedó con él. Le habló de Lucre y de la adolescencia.

—Una etapa complicada de la vida —le dijo—, ya te vas a dar cuenta.

Ya le habían hablado otras veces de la adolescencia, sin embargo, le costaba hacerse una idea de la complicación. Le costaba imaginarse a sí mismo más de tres días fuera de casa, armando el escándalo que armó Lucre y que ahora se oye desde afuera.

Porque ahora su madre y su hermana discuten. A él le llegan palabras sueltas: “vergüenza”, “angustia”, “irresponsable”, “joda” y unos gritos de su hermana.

A su lado, Beba se tapa la boca en un gesto histérico, como si sufriera la discusión que viene de adentro. Él no soporta a su vecina, no puede decir por qué, pero siente que su presencia no contribuye en nada. La mira: es una mujer vulgar y problemática. Quisiera hacérselo saber de alguna manera, pero lo cierto es que, así como es incapaz de concebir la idea de adolescencia, también es incapaz de señalar aquellas

cosas que hacen de Beba una mujer vulgar y problemática. Más aún le molesta su vecina cuando él intenta entrar a su casa y ella le dice que no, que mejor espere afuera, que por su edad no conviene que presencie esas discusiones.

—No es bueno para tu crecimiento —le dice.

Él está a punto de obedecer, más por costumbre que por otra cosa, pero entonces Beba lo agarra de un brazo, como para poner énfasis a su recomendación de que, mejor, se quede ahí afuera. Siente el gesto de Beba como el colmo de algo, como que esa mujer, con su permanente intromisión, se pasa de la raya. Entonces sacude su brazo con fuerza —el movimiento, en su brusquedad, le hace escapar una especie de gemido que contrasta con su idea de mostrarse firme— y se manda dentro de la casa.

La voz de Beba queda flotando en el aire —“Vení acá te digo”, es lo que dice esa voz—, de la puerta para afuera.

Él ahora está en el comedor. Su madre y su hermana también están ahí. Su hermana está sentada a la mesa y tiene los ojos colorados de llorar. Su madre está de pie y despeinada. Cada vez que su madre se enoja, el enojo se le manifiesta en el pelo —tiene rulos, su madre, rulos negros y difíciles de controlar.

Hay como una vibración en el ambiente, la sensación de que algo ahí estalló y continuará estallando por un rato. Un estallido en los ojos de Lucre y en el pelo de su madre.

Él aparece y desaparece. Cruza el comedor hacia la cocina como una exhalación, como algo invisible. Sin embargo, los ojos de su hermana y de su madre —con la idea, tal vez, de distraerse, de pensar en otra cosa antes de seguir con el asunto que las ocupa— le siguen el trayecto. Quizá Beba tenía razón, piensa él ahora, quizás haya cosas que no conviene ver.

Su madre es quien recoge restos del estallido: aprovecha que él acaba de pasar a la cocina para decirle a Lucre que hasta su pobre hermano tuvo que ir a la comisaría. “Pobrecito”,

agrega su madre. A él le duele ese *pobrecito*, hace que se sienta un infeliz, una especie de minusválido por el que hay que tener especial consideración.

Abre la heladera y, por hacer algo, agarra la botella de agua. Toma del pico, apenas un sorbito, y siente el agua fría, muy fría en la boca. No le gusta así tan fría. Tampoco le gusta el sabor del agua: alguna comida en la heladera lo contaminó. Con cada segundo que pasa, el mal sabor se expande y le queda en la boca una sensación de asco. Un grito de su hermana, un grito agudo y chillón, lo colma de susto y le hace soltar la botella. “Hija de puta”, es lo que grita Lucre.

El estallido de la botella al caer, esparce vidrios de la cocina hasta el comedor.

—Qué pasó ahora—dice su madre, que por un momento deja de lado—o más bien aprovecha para hacer a un lado— a Lucre.

Él se asoma al comedor para decir que nada, que no pasó nada, que él se ocupa. Se asoma justo en el momento en que Lucre, aprovechando la distracción de su madre, lanza un sopapo que se estampa de lleno en la mejilla de esta última.

El estampido del sopapo es más violento y a la vez más tremendo que el de la botella de vidrio contra el piso. Hay un segundo de quietud, un segundo que parece suspendido en el tiempo. Ahí está él, asomado al comedor, con la boca entreabierta. Y está su hermana y está su madre. En la mejilla de su madre se ha marcado, en color rosa fuerte, el semejante sopapo. También una mueca de espanto.

Su hermana, sin embargo, no está conforme. Antes de que su madre pueda reaccionar, toma distancia, Lucre, y suelta un nuevo sopapo, que se estampa ahora en la otra mejilla de su madre. Después tira otro sopapo, Lucre, y otro más. Y él siente que cada sopapo se estampa no solo contra su madre, sino contra él, principalmente contra él. Siente incertidumbre y siente miedo.

Apenas si su madre se cubre un poco la cara, apenas si puede gemir, rogarle a Lucre que pare, que ya basta. Lucre ahora, a ojos de él, a ojos suyos, parece una mujer inmensa y capaz de todo.

Hasta que, a los gritos, aparece Beba—“Pará, Lucre, pará”, grita Beba—. Se interpone, Beba, entre su hermana y su madre. Él, que sigue ahí, atontado, ve como un escándalo de brazos y manos y pelos sueltos que se mezclan y se chocan.

Beba consigue finalmente armar una distancia entre Lucre y su madre, pero cuando intenta, Beba, dirigirse a Lucre, pedirle que se calme, recibe en plena cara, en plena mejilla, un sopapo aún más tremendo que aquellos que segundos antes su hermana había lanzado contra su madre. Es tan fuerte el sopapo que Beba recula, abre y cierra los ojos como para reacomodarse, como para ordenar el mundo que tiene por delante. Pero ahora es su madre—que parece reaccionar después de tantos golpes recibidos— quien empuja a Beba, que entre un sacudón y otro pierde el equilibrio y termina cayendo al piso, pesada y bruta.

Él no entiende por qué, pero algo hace que ahora su hermana y su madre unifiquen el esfuerzo y se lancen las dos contra Beba. Se agachan para quedar a la altura de la vecina—que en vano intenta cubrirse con manos y piernas— y se dedican un buen rato a golpearla, a mano abierta, a mano cerrada, como sea. La golpean y la insultan.

Él no sabe qué hacer ni qué decir. Tampoco sabe si debería hacer o decir algo. Él simplemente mira y sigue sin entender.

3. Zorra

Y son doce los años que tiene aquella tarde que juega a la pelota con sus amigos del barrio, en la canchita donde juegan siempre o casi siempre, a unas pocas cuerdas de su casa. Son

en total ocho chicos que juegan en paz, con toda la paz con que pueden jugar unos chicos de doce años –año más, año menos–, hasta que otros chicos –cuatro chicos, para ser más precisos– un poco mayores llegan a la cancha y piden, de mala manera –o lo que ellos entienden de mala manera, porque hasta puede ser que lo pidan en buenos términos y que sean ellos, él y sus amigos, los que contestan mal–, piden entrar a jugar.

Ellos dicen que no, que llegaron primero y que tienen el derecho de jugar hasta cansarse. E incluso un poco más.

Los más grandes, entonces, proponen otra cosa: jugar un partido entre todos, los más grandes contra los más chicos. Ellos, los más chicos, no ven nada provechoso en la propuesta, así que la rechazan sin más. Y se disponen a seguir con el juego.

Los otros cuatro, sin embargo, se quedan merodeando la cancha, más o menos atentos al juego de él y sus amigos.

Pero él y sus amigos no son grandes jugadores, hacen lo que pueden. Aun así, han conseguido que sus padres, los padres de cada uno, les compren indumentaria y zapatos de fútbol de apariencia profesional. Están todos como emperifollados.

A medida que el juego avanza, ellos van desplegando su torpeza. Se tropiezan, se patean, erran goles o se meten goles en contra, corren sin orden alguno.

Los otros, desde afuera, comprueban de inmediato la ineptitud del grupo y sobre todo la suya, la de él, que acaba de recibir un pelotazo en plena cara.

Al chico que se burla le dicen Zorra, nadie sabe por qué, o nadie recuerda por qué, pero el asunto es que se burla con ganas y a veces hasta con ingenio.

Apenas un rato después, él patea al arco, pero el disparo le sale a cualquier lado, muy lejos de la cancha. Uno de sus amigos tiene que correr al menos cincuenta metros para recuperar la pelota. Desde afuera, Zorra suelta una carcajada que él

siente horrible y ofensiva. Es una idiotez, sabe que no debe, pero no se aguanta y, cuando un rato después pasa cerca de Zorra, lo insulta. “Hijo de puta”, es lo que dice.

Zorra deja de reír. Le bastan dos pasos para plantarse ante él, que después de semejante atrevimiento, después de insultar a Zorra, se ha quedado duro y con los brazos abajo, como si así, con esa pose, quisiera pedir disculpas.

—Qué dijiste —dice Zorra.

Pero él no puede hablar, entre otras cosas porque, sin mucho preámbulo, Zorra acaba de estamparle un puño cerrado en la boca. Y al rato –una milésima de segundo después–, el mismo puño se le estampa en la nariz.

Él ahora no puede creer lo que le está pasando. De hecho, nunca imaginó que una cosa así pudiera ocurrirle. Está arrojado, en cuatro patas, siente un mareo espantoso y siente la voz de Zorra, pegada a su oreja, que lo insulta –él solo intuye que son insultos, porque lo cierto es que no oye del todo bien. Siente también, en la mejilla, la humedad del escupitajo con que Zorra da por zanjada la cuestión.

Se toma un tiempo, un par de minutos, hasta que algo se ordena en su cabeza y puede, por fin, levantarse. Lloro. Le duele mucho la nariz –un dolor raro, como que hubiera una ausencia, como que el mero contacto con el aire le provocara el dolor en la nariz–, está sucio de lágrimas, tierra y sangre. Quiere limpiarse, pero no tiene con qué.

Uno de sus amigos se acerca y le ofrece ayuda. De paso le reprocha a Zorra que haya hecho semejante cosa, que le haya pegado así.

—No ves que es más chico —le dice.

Pero Zorra no presta atención –o al menos hace de cuenta que no presta atención–, está de vuelta con sus tres compañeros, hasta parece impresionado por lo que hizo.

Se hace un silencio.

Además del dolor –o incluso por encima del dolor–, él siente mucha vergüenza. No puede hablar, así que con gestos y manotazos se quita de encima a su amigo, que insiste con ayudarlo.

Después, un poco a los tumbos, emprende el camino de vuelta a su casa. Nadie lo acompaña, pero en el trayecto se cruza con unas cuantas personas que, ya por preocupación o ya por mera curiosidad, le preguntan qué le pasó, si necesita algo. Pero él no contesta, quiere llegar a su casa y no volver a salir, no quiere ver a nadie nunca más.

Tiene mala suerte, sin embargo, porque justo hoy es su padre quien está en la puerta. Es su padre quien lo ve venir y quien, bastante antes de que él llegue hasta la casa, percibe que a su hijo le pasa algo. Él ve cómo su padre abandona el umbral de la puerta y se acomoda en medio de la vereda, cómo pone los brazos en jarra, se encorva y achina los ojos. Como si pretendiera desentrañar, su padre, la forma de algo que viene de muy lejos. Aunque en realidad ese algo no sea más que su hijo.

A medida que él se acerca a la casa, su padre se va, a su vez, acercando a él. Pareciera que estuvieran por chocar. Él acelera el paso, con la idea de escurrirse, de pasarle por al lado y no tener que dar explicaciones. Pero su padre es más rápido y alcanza a tomarlo de un brazo y, como si todo formara parte de ese mismo movimiento, le pregunta quién le hizo eso.

Él llora más que antes. No puede hablar. Se sacude con brusquedad y consigue zafar del agarrón de su padre. Se mete en la casa y corre hasta el baño. Se mira al espejo: el pelo revuelto, la cara deforme por el llanto y por la hinchazón de la nariz y de la boca.

Aunque no hace falta –no puso él ninguna traba ni cerró con llave–, su padre empuja la puerta y entra al baño. Le revisa la cara y le pregunta, una vez más, quién le hizo semejante cosa.

Él no quiere decir nada. Lo que más quiere, de hecho, es

olvidar el asunto. Aunque lo más probable es que no lo olvide nunca. Su padre insiste: "Quién te pegó". Antes de que él pueda contestar, su padre lo agarra del brazo y lo arrastra fuera del baño, después fuera de la casa y por último empiezan a caminar en dirección a la cancha. Él, por supuesto, no quiere ir. Pero no puede hacer nada contra el empuje de su padre, que, a la vez que avanza, va mascullando algo.

Falta menos de una cuadra para llegar y él entonces, a pesar de las lágrimas, se hace una idea del modo en que se están desarrollando las cosas en la cancha. Hay menos gente, para empezar; algunos de sus amigos habrán preferido irse, ponerse a salvo de los más grandes. Otra cosa evidente es que Zorra ya no está a un costado, sino que está en pleno partido, cosa que a él le provoca más desazón. Siente, aun en la confusión, que sus amigos, los que se quedaron, no tuvieron el suficiente coraje como para oponerse. O capaz, piensa, ni siquiera eso, ni siquiera se opusieron. Dejaron, simplemente, que Zorra y sus amigos se adueñen de la cancha, hasta es probable que se la ofrecieran. Y todo de puro miedosos.

El partido que se desarrolla en la cancha se detiene antes de que ellos lleguen propiamente hasta el lugar. Uno de los chicos los señala, no habla, simplemente los señala, y el resto asimila el gesto –un mentón que apunta hacia ellos, hacia él y su padre, nada más que eso– y con solo verlos entiende lo que pasa, o bien lo que está a punto de pasar.

Entonces el juego se termina. La pelota queda boyando en mitad de una jugada y todas las miradas apuntan hacia él y su padre. Si por él fuera, más que manifestar enojo, más que reclamar un desagravio, pediría disculpas. Aun así sus amigos hayan preferido jugar con Zorra antes que enfrentarlo. Aunque bien visto, enfrentarlo era la opción más estúpida.

Él intuye que estas cosas no se resuelven así, apareciéndose con el padre de uno. Son cosas, alcanza a pensar, que no se

resuelven, que no necesitan ser resueltas, porque nacieron precisamente para quedar así, en una especie de limbo. Pero le resulta imposible —al menos ahí, cuando tiene apenas doce años y cuando no puede cortar el llanto ni mucho menos puede limpiarse la sangre de la nariz—, le resulta imposible articular un argumento de ese tipo. Y de llegar a plantearlo, es probable que su padre acabe espantado.

Lo cierto es que ahí están, los dos, a los pies de la cancha.

No hace falta que su padre pregunte nada: todos los chicos miran a Zorra y después vuelven la vista a su padre, una vez, dos veces, las veces necesarias para señalar al culpable de que él tenga la boca y la nariz hinchadas. Zorra no se amedrenta:

—La nena fue a buscar al papi —dice.

Ni sus amigos ni los amigos de Zorra se ríen. Hay más bien un clima tenso.

—¿Vos fuiste? —La pregunta de su padre suena ridícula, todos saben que fue Zorra, y él se preocupa. Más aún se preocupa cuando Zorra avanza un par de pasos hacia ellos. Él ve que su padre vacila. Zorra no es un chico de gran tamaño, pero tiene algo, una especie de cara de loco, una como determinación enfermiza, que asusta.

Su padre, en cambio, ha perdido el ímpetu con que había llegado. Mira a Zorra con asombro, como si ese chico que se le viene encima fuese un monstruo. Él siente en su brazo cómo se intensifica el agarrón de su padre: ya no es que su padre lo arrastre, parece más bien que su padre busca algo a lo que aferrarse.

Zorra está a menos de un metro. Su padre abre la boca, parece que está por decir algo, pero en vez de eso, y cuando ya nada lo hacía prever, suelta un tremendo puñetazo con la mano libre —la izquierda, la derecha sigue aferrada a su brazo—, que se estampa en la cara de Zorra. El chico cae y queda tendido en la tierra de la cancha. Se le oye como un gemido.

Él no sabe qué pensar, si las cosas están bien así o si están mal, muy pero muy mal.